

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

Enrique González Carré
Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

Los incas y sus contemporáneos: la sierra central, 1000-1500 d.C.

En los tiempos pasados, antes que los Incas reinasen, es cosa muy entendida que los naturales de estas provincias no tenían los pueblos juntos como ahora los tienen, sino fortalezas con sus fuertes que llaman pucaraes, de donde salían a se dar los unos a los otros guerra; y así siempre andaban recatados y vivían con grandísimo trabajo y desasosiego.

Cieza de León (1551: Cap. XXIV)

LAS FUENTES ESCRITAS y la información arqueológica nos confirman que entre 1000 y 1500 d.C., un conjunto de señoríos, etnias y naciones vivió en la sierra central peruana. Fueron contemporáneos de la nación inca que se desarrollaba en la región del Cuzco, que luego conquistaría los pueblos y territorios de la sierra central. Los especialistas han dado diversas denominaciones al periodo en que se produjeron estos acontecimientos: Periodo Intermedio Tardío, Periodo de Estados Regionales o Militaristas, o de Reinos y Confederaciones. Una vez producida la conquista incaica se inició el Horizonte Tardío o imperio del Tahuantinsuyo.

Este momento de la historia prehispánica de la sierra central, al que llamaremos Periodo Intermedio Tardío, no se inició ni consolidó uniformemente en todo el antiguo Perú. Por el contrario, su inicio y desarrollo fueron desiguales entre las distintas regiones de los Andes centrales y las correspondientes sociedades que las habitaban. Esto se debió a las diferentes condiciones que cada territorio y sociedad presentaba, ya que las condiciones geográficas y los recursos naturales variaban de región a región, al igual que la tecnología desarrollada y aplicada por cada sociedad. A estas diferencias en el hábitat y su aprovechamiento se añaden las distintas condiciones históricas y sociales vividas por estas sociedades. Las hubo desarrolladas y complejas, con estados constituidos, y también otras de base tribal, uniones de etnias en naciones, señoríos y curacazgos que dominaban valles y territorios. No todas habían alcanzado el mismo nivel de evolución social y además cada una guardaba, mantenía y practicaba sus tradiciones, concepciones del mundo y el recuerdo de sus héroes y fundadores, una historia de acontecimientos maravillosos y

legendarios que en la práctica establecía diferencias y fundamentaba la singularidad e identidad cultural de etnias, naciones y señoríos.

Es asimismo necesario indicar que el inicio de este periodo en la sierra central tampoco puede precisarse con exactitud desde una perspectiva puramente arqueológica. Unos opinan que se dio hacia el año 1000 d.C., otros opinan que 1100 d.C. es una fecha más adecuada, y también hay quienes sostienen que su inicio fue en 1200 d.C. Pensamos que el inicio de los procesos sociales no puede llegar a determinarse con toda exactitud a partir de fechados que, si bien son útiles metodológica y técnicamente, no llegan a expresar el conflicto, el avance o el retroceso que una nación o un conjunto de etnias pudieron tener en determinado arco temporal (Lavallée y Julien 1983: 31).

Lo importante es comprender la naturaleza del Periodo Intermedio Tardío y su significado en el proceso histórico prehispánico. Su inicio y fin se dieron entre los dos grandes imperios andinos que se estructuraron y consolidaron en los Andes. El periodo se inicia con la decadencia del primer imperio andino, identificado culturalmente con Huari, y concluye cuando los pueblos de la sierra central y sus territorios son conquistados por el segundo imperio andino, el Tahuantinsuyo. La decadencia de Huari evidentemente no fue uniforme ni constituyó un evento único y simultáneo, que afectó de igual modo a todos los pueblos de la sierra central, del mismo modo que la conquista inca tampoco fue simultánea en todos los pueblos de esta zona. En estos hechos hubo tiempos diferentes y consecuencias diversas.

Como sostienen algunos estudiosos, la declinación y progresiva desaparición del imperio huari no supone que sus influencias no persistieran en algunas partes de la sierra central, dado que su dominio le permitió imponer patrones de conducta en múltiples actividades. Asimismo, el gobierno de los huaris con seguridad dio lugar a movimientos poblacionales que causaron la quiebra de un ordenamiento político original, surgiendo fronteras inestables entre naciones y señoríos. Evidentemente que luego de varios años, ello pasó a formar parte de una herencia cultural e histórica que las sociedades mantuvieron y trasladaron al Intermedio Tardío, junto con la revitalización de sus propias tradiciones, cuando ya el dominio huari había declinado (Bonavia 1991: 473).

En esta época, las sociedades andinas de cada región iniciaron y consolidaron una revitalización de su antigua cultura, tradiciones e historia, actualizando su antiguo estilo de vida y concepción del mundo que había permanecido latente, en un segundo plano, durante el dominio huari. Esta situación de revitalización cultural dio lugar a que, en diferentes partes de los Andes, las sociedades nacionales y etnias alcanzasen una identidad e identificación con sus propios valores culturales, reconociéndose a sí mismas y siendo reconocidas por otras naciones como provenientes de un mismo origen o *pacarina*, integradas a una cultura y tradiciones propias y singulares, con fuertes lazos de identidad y participación con su propia sociedad.

En la sierra central andina, esta revitalización de los antiguos modos de vida debió acentuar la autonomía de naciones y etnias dado el significativo tamaño de las mismas, su complejidad organizativa y la herencia de la historia y costumbres de cada una de ellas, que expresaron su particular singularidad regional ante la ausencia de un poder político limitante. Pero paralelamente al proceso de regionalización cultural, las naciones andinas también iniciaron una tarea de rescate de los re-

cursores naturales que les ofrecían los territorios donde se asentaban. En la sierra central, al igual que en otros lugares, la recuperación de las tradiciones y singularidades culturales fue acompañada de mecanismos de explotación económica entre los pueblos, sus territorios y sus recursos, dando lugar a una regionalización de los recursos de subsistencia y una sistematización de la producción, acompañada por un conjunto de relaciones de intercambio que permitía a los pueblos trocar productos provenientes de diferentes situaciones climáticas y geográficas.

Cuando los incas conquistaron la sierra central aproximadamente alrededor de 1460, la autonomía e identidad cultural de naturaleza regional progresivamente declinó hasta quedar latente en un segundo plano ante la imposición cultural y el dominio político incaico, que suponía la obligatoriedad de vivir, pensar y actuar con arreglo a los modelos de vida propios del Tahuantinsuyo.

Así, en la sierra central, el Periodo Intermedio Tardío viene a ser un espacio temporal entre los dos grandes imperios andinos, Huari y Tahuantinsuyo, que se caracteriza por la presencia de señoríos, etnias y naciones identificadas plenamente con su propia historia, cultura y tradiciones, como una expresión de su singularidad cultural. Es también importante anotar que en este periodo, la sierra central tuvo una población muy amplia que se integraba en etnias y naciones organizadas en aldeas, que no siempre alcanzaron una unidad política plena y organizada. Esto dio origen a continuos conflictos entre las diversas agrupaciones y poblaciones. Muchas de éstas posiblemente tienen una tradición anterior a Huari que perduró en el tiempo.

Primero los cronistas y la documentación colonial, y luego los investigadores contemporáneos, se han referido a las formas organizativas que la población presentaba con diferentes denominaciones y criterios. Se les ha llamado curacazgos, señoríos, etnias, reinos, tribus, confederaciones, parcialidades, behetrías y naciones, entre muchas otras denominaciones. En realidad, en la sierra central, como en otras regiones del antiguo Perú, la población se integró y organizó en diversas formas sociales y unidades políticas que respondían a criterios organizativos andinos, que en la mayoría de los casos se pretende explicar a partir de nuestros criterios occidentales. La conquista de los huaris, luego la conquista inca y finalmente la española, alteraron y desorganizaron las primigenias formas organizativas andinas de las sociedades que aún podemos identificar en el Periodo Intermedio Tardío.

Por otro lado, no es posible precisar con exactitud el territorio original de estas sociedades. Las conquistas; los movimientos poblacionales que supone la política de mitimaes; la falta de un sentido de propiedad de un territorio continuo con fronteras rígidas, sino por el contrario la existencia del concepto andino de un territorio sin fronteras fijas, con enclaves en diferentes zonas climatológicas y de variados recursos que aseguren la subsistencia; todo ello nos pone frente a una conceptualización de la territorialidad andina sobre la cual hay mucho que estudiar. Hoy en día, los conocimientos acumulados nos permiten asociar unas sociedades andinas con un territorio aproximado, en algunos casos con seguridad, pero en otros con ciertas reservas por las interrogantes que nos plantea la información documental. Pensamos por ello que la identificación de la cultura material mediante el análisis arqueológico nos permitirá acercarnos cada vez más a la realidad, y con mayor precisión a la relación territorio-población.

Pero para proseguir con el análisis y contar con un instrumento de trabajo y organización de la información, consideramos que es necesario precisar algunos conceptos en lo que respecta a la organización social, a partir de los criterios propuestos por María Rostworowski (1990b: 3-14). Por señorío debemos entender una unidad de organización política que suponía el ejercicio de la autoridad sobre una serie de jefes de menor rango o curacas subalternos, subordinados a su autoridad y mando. Estos señoríos tenían el control de un valle, sobre el territorio de la “cabecada” o inicio del mismo o, en el caso de la sierra, sobre un grupo de aldeas que suponía el control de los recursos naturales en un territorio extenso.

La etnia o grupo étnico vendrían a ser las unidades componentes de una nacionalidad o integrantes de una nación, que es un conglomerado humano históricamente constituido. Los miembros de las mismas etnias se identificaban por lazos históricos, culturales y raciales. Las etnias se integraban en una nación cuando todas ellas compartían similares condiciones de vida económica, tradiciones y costumbres; éstas asimismo las singularizaban como diferentes y se asentaban en un territorio que reconocían como su espacio vital. Las que se integraban en una nación andina no siempre se unificaban políticamente bajo un poder central; de hecho, se puede comprobar que en los Andes hubo unidades políticas dispersas en un territorio, pero que se reconocían como partes de una nacionalidad.

Además, cada nación y etnia andina incorporaba en sus estructuras el concepto del dualismo, o sea la división de la población en dos bandos, constituyendo cada uno una parcialidad o mitad gobernada por un *curaca*, lo que tradicionalmente se conoce como *hanan* y *hurin*. Los ayllus se incorporaban a la estructura de la etnia y la nación, reconociéndose su característica de grupos de parentesco unidos por su identificación con un origen común, generalmente de naturaleza mitológica (Rostworowski 1983: 14).

María Rostworowski habla de macro-etnias para referirse a grandes conglomerados poblacionales en los Andes, que dominaban extensos y significativos territorios, y cuya autoridad política la detentaba un señor o jefe de primera jerarquía, frente a otros subalternos y dependientes. Consideramos que las macro-etnias hasta cierto punto equivalen a lo que nosotros llamamos naciones andinas, integradas por etnias o grupos menores. La característica nacional de éstas estaba dada por su cultura e historia, y en cierta forma también equivaldría a los criterios utilizados para definir a una macro-etnia, como son: la unidad de origen y creencias, la unidad de lengua o dialecto, la unidad de atuendo y la unidad socio política (Rostworowski 1990b: 16)

En cuanto a las investigaciones realizadas en la sierra central sobre el Periodo Intermedio Tardío, éstas en realidad son pocas. Los historiadores y antropólogos han enfocado el problema a partir de crónicas y documentos, y nos ofrecen una visión de sociedades que la arqueología muchas veces tiene dificultades para identificar sobre el terreno. Por otro lado, los arqueólogos ofrecen información sobre el periodo que consiste en extensas relaciones de piezas de alfarería, construcciones y otros, que las más de las veces se denominan de diferente manera para referirse a las mismas cosas y objetos.

Entre los estudios realizados debemos recordar los trabajos de Luis Guillermo Lumbreras sobre los chancas y los de Ramiro Matos sobre los huancas. Las contri-

buciones etnohistóricas de Waldemar Espinoza Soriano, particularmente sobre huancas y angaraes, así como toda la documentación histórica que ha dado a conocer sobre este periodo, que tiene un gran valor. Las investigaciones de Duccio Bonavia en la ceja de selva permitieron establecer nuevos caminos de investigación en la relación entre sierra y selva en la región de Ayacucho. Los estudios de John Murrá, Donald Thompson y Craig Morris sobre Huánuco también son fuentes de primera importancia para explicarnos el periodo. A ellos se suman los trabajos de Denisse Pozzi-Escot, Enrique González Carré, Lorenzo Huertas, Cirilo Vivanco y Jaime Urrutia sobre los chancas, las etnias de Ayacucho y la ocupación de la misma región. A esto debemos agregar los estudios pioneros de Carlos Gutiérrez Noriega, Alberto Arca Parró, Carlos Guzmán Ladrón de Guevara, Pablo Carrera, Genaro Farfán y Marino González, quienes realizaron la primera y más extensa exploración geográfica, y muchos otros que escribieron parcialmente sobre las épocas tardías en la sierra central, y cuyas informaciones fueron la primera motivación para investigar el problema de los incas y sus contemporáneos en esta región del antiguo Perú.

La ocupación del espacio territorial

La sierra central es una extensa región con diversas características geográficas y fue el escenario en donde una serie de pueblos andinos estableció una relación con la naturaleza, explotando y aprovechando sus recursos entre 1000 y 1500 d.C. La región a la que hacemos referencia comprende los departamentos de Junín, Ayacucho y Huancavelica, pudiendo incluirse también la parte sur de Pasco (dada la ubicación del Lago Junín); el norte del departamento de Apurímac, en especial la provincia de Andahuaylas; y un pequeño sector sur del departamento de Huánuco, aunque este último tiene mayor relación con la cuenca del río Huallaga. Además, las sociedades prehispánicas que lo habitaron tuvieron un proceso diferente que los pueblos propios de la sierra central, ligados más directamente a las cuencas de los ríos Mantaro y Pampas.

La sierra central cubre un área aproximada de unos 110,000 kilómetros cuadrados. Se extiende entre los 10°00' y 15°40' de latitud sur, y los 72°10' y 77° 00' de longitud oeste, conformando un espacio cultural desde los tiempos antiguos hasta hoy. Las características del terreno configuran varios pisos altitudinales y también diferentes zonas de características climáticas. Las naciones y etnias se ubicaron principalmente entre los 2000 y 3500 msnm. La ubicación y concentración de la población en estas altitudes no sólo es válida para los tiempos prehispánicos, sino que persistió durante la colonia e incluso ha durado hasta nuestros días. También es evidente que las poblaciones ubicadas en estas condiciones ambientales han desarrollado un sistema de aprovechamiento y explotación de variados recursos naturales, desde el caluroso valle y ceja de selva hasta el límite de supervivencia que permiten las frías punas. Las poblaciones del Periodo Intermedio Tardío ocuparon sobre todo las cuencas que forman los dos grandes ríos de la sierra central y sus afluentes, como son el Mantaro y el Pampas.

El espacio que proponemos como la sierra central, fue ocupado por un conjunto de naciones andinas contemporáneas a los incas, una ocupación territorial extendida, no siempre continua y con diversos enclaves en diversas zonas de vida

buciones etnohistóricas de Waldemar Espinoza Soriano, particularmente sobre huancas y angaraes, así como toda la documentación histórica que ha dado a conocer sobre este periodo, que tiene un gran valor. Las investigaciones de Duccio Bonavia en la ceja de selva permitieron establecer nuevos caminos de investigación en la relación entre sierra y selva en la región de Ayacucho. Los estudios de John Murra, Donald Thompson y Craig Morris sobre Huánuco también son fuentes de primera importancia para explicarnos el periodo. A ellos se suman los trabajos de Denise Pozzi-Escot, Enrique González Carré, Lorenzo Huertas, Cirilo Vivanco y Jaime Urrutia sobre los chancas, las etnias de Ayacucho y la ocupación de la misma región. A esto debemos agregar los estudios pioneros de Carlos Gutiérrez Noriega, Alberto Arca Parró, Carlos Guzmán Ladrón de Guevara, Pablo Carrera, Genaro Farfán y Marino González, quienes realizaron la primera y más extensa exploración geográfica, y muchos otros que escribieron parcialmente sobre las épocas tardías en la sierra central, y cuyas informaciones fueron la primera motivación para investigar el problema de los incas y sus contemporáneos en esta región del antiguo Perú.

La ocupación del espacio territorial

La sierra central es una extensa región con diversas características geográficas y fue el escenario en donde una serie de pueblos andinos estableció una relación con la naturaleza, explotando y aprovechando sus recursos entre 1000 y 1500 d.C. La región a la que hacemos referencia comprende los departamentos de Junín, Ayacucho y Huancavelica, pudiendo incluirse también la parte sur de Pasco (dada la ubicación del Lago Junín); el norte del departamento de Apurímac, en especial la provincia de Andahuaylas; y un pequeño sector sur del departamento de Huánuco, aunque este último tiene mayor relación con la cuenca del río Huallaga. Además, las sociedades prehispánicas que lo habitaron tuvieron un proceso diferente que los pueblos propios de la sierra central, ligados más directamente a las cuencas de los ríos Mantaro y Pampas.

La sierra central cubre un área aproximada de unos 110,000 kilómetros cuadrados. Se extiende entre los 10°00' y 15°40' de latitud sur, y los 72°10' y 77° 00' de longitud oeste, conformando un espacio cultural desde los tiempos antiguos hasta hoy. Las características del terreno configuran varios pisos altitudinales y también diferentes zonas de características climáticas. Las naciones y etnias se ubicaron principalmente entre los 2000 y 3500 msnm. La ubicación y concentración de la población en estas altitudes no sólo es válida para los tiempos prehispánicos, sino que persistió durante la colonia e incluso ha durado hasta nuestros días. También es evidente que las poblaciones ubicadas en estas condiciones ambientales han desarrollado un sistema de aprovechamiento y explotación de variados recursos naturales, desde el caluroso valle y ceja de selva hasta el límite de supervivencia que permiten las frías punas. Las poblaciones del Periodo Intermedio Tardío ocuparon sobre todo las cuencas que forman los dos grandes ríos de la sierra central y sus afluentes, como son el Mantaro y el Pampas.

El espacio que proponemos como la sierra central, fue ocupado por un conjunto de naciones andinas contemporáneas a los incas, una ocupación territorial extendida, no siempre continua y con diversos enclaves en diversas zonas de vida

buciones etnohistóricas de Waldemar Espinoza Soriano, particularmente sobre huancas y angaraes, así como toda la documentación histórica que ha dado a conocer sobre este periodo, que tiene un gran valor. Las investigaciones de Duccio Bonavia en la ceja de selva permitieron establecer nuevos caminos de investigación en la relación entre sierra y selva en la región de Ayacucho. Los estudios de John Murrá, Donald Thompson y Craig Morris sobre Huánuco también son fuentes de primera importancia para explicarnos el periodo. A ellos se suman los trabajos de Denise Pozzi-Escot, Enrique González Carré, Lorenzo Huertas, Cirilo Vivanco y Jaime Urrutia sobre los chancas, las etnias de Ayacucho y la ocupación de la misma región. A esto debemos agregar los estudios pioneros de Carlos Gutiérrez Noriega, Alberto Arca Parró, Carlos Guzmán Ladrón de Guevara, Pablo Carrera, Genaro Farfán y Marino González, quienes realizaron la primera y más extensa exploración geográfica, y muchos otros que escribieron parcialmente sobre las épocas tardías en la sierra central, y cuyas informaciones fueron la primera motivación para investigar el problema de los incas y sus contemporáneos en esta región del antiguo Perú.

La ocupación del espacio territorial

La sierra central es una extensa región con diversas características geográficas y fue el escenario en donde una serie de pueblos andinos estableció una relación con la naturaleza, explotando y aprovechando sus recursos entre 1000 y 1500 d.C. La región a la que hacemos referencia comprende los departamentos de Junín, Ayacucho y Huancavelica, pudiendo incluirse también la parte sur de Pasco (dada la ubicación del Lago Junín); el norte del departamento de Apurímac, en especial la provincia de Andahuaylas; y un pequeño sector sur del departamento de Huánuco, aunque este último tiene mayor relación con la cuenca del río Huallaga. Además, las sociedades prehispánicas que lo habitaron tuvieron un proceso diferente que los pueblos propios de la sierra central, ligados más directamente a las cuencas de los ríos Mantaro y Pampas.

La sierra central cubre un área aproximada de unos 110,000 kilómetros cuadrados. Se extiende entre los 10°00' y 15°40' de latitud sur, y los 72°10' y 77° 00' de longitud oeste, conformando un espacio cultural desde los tiempos antiguos hasta hoy. Las características del terreno configuran varios pisos altitudinales y también diferentes zonas de características climáticas. Las naciones y etnias se ubicaron principalmente entre los 2000 y 3500 msnm. La ubicación y concentración de la población en estas altitudes no sólo es válida para los tiempos prehispánicos, sino que persistió durante la colonia e incluso ha durado hasta nuestros días. También es evidente que las poblaciones ubicadas en estas condiciones ambientales han desarrollado un sistema de aprovechamiento y explotación de variados recursos naturales, desde el caluroso valle y ceja de selva hasta el límite de supervivencia que permiten las frías punas. Las poblaciones del Periodo Intermedio Tardío ocuparon sobre todo las cuencas que forman los dos grandes ríos de la sierra central y sus afluentes, como son el Mantaro y el Pampas.

El espacio que proponemos como la sierra central, fue ocupado por un conjunto de naciones andinas contemporáneas a los incas, una ocupación territorial extendida, no siempre continua y con diversos enclaves en diversas zonas de vida

natural en función del uso y explotación de recursos. La gran cantidad de asentamientos que pueden identificarse durante el Periodo Intermedio Tardío sugiere, en primer lugar, la existencia de una gran y consistente población que ocupó el territorio amplia e intensamente. Los asentamientos de este periodo indican las formas y mecanismos puestos en práctica por los pobladores para adaptarse al medio ambiente y usar su equipo cultural para explotar los recursos existentes; el patrón de asentamientos asimismo permite suponer, en cierta medida, algunas características de la organización social de estas naciones.

Aunque no descartamos la existencia de algunas particularidades, comparando los asentamientos de Junín con los de Ayacucho, o los de Huancavelica con aquellos existentes en Andahuaylas, encontramos un conjunto de elementos comunes en lo que respecta al agrupamiento arquitectónico, el sistema constructivo y la concepción del uso del espacio. Por ello es posible generalizar para tener una visión de conjunto de las formas en que se usó y ocupó el territorio.

El espacio fue ocupado por construcciones edificadas siguiendo los accidentes topográficos del terreno. Las modificaciones introducidas en algunos casos consistieron en simples habilitaciones de terraplenes con el fin de conseguir mayor espacio en donde levantar una construcción. A lo anterior se suma que los poblados no tenían precisamente un patrón ordenador de sectores de edificaciones, con diferentes tipos de agrupamiento arquitectónico alrededor de plazas o espacios vacíos, o adecuadas vías de circulación. Por el contrario, los asentamientos están constituidos por agrupaciones de quinientas construcciones en promedio. Predominan las circulares, con un diámetro de entre 6 y 10 metros, siendo menor el número de edificios rectangulares y cuadrangulares. El sistema constructivo es también simple y rudimentario. Se trata de muros fabricados con piedras no seleccionadas, unidas con una argamasa de barro arcilloso sin ningún tipo de enlucido en la superficie. En algunos casos hay construcciones hechas con piedras alargadas trabajadas previamente, con lo que se logran superficies homogéneas para alcanzar fines estéticos. Las construcciones tienen entradas que alcanzan el metro diez de altura y los noventa centímetros de ancho. Todos los vanos tienen un dintel hecho con una piedra de una sola pieza. Los techos probablemente fueron de paja o ichu.

En general, los poblados se ubican en partes altas y escarpadas, escogiéndose colinas rodeadas de accidentados terrenos casi inaccesibles, con fuertes pendientes. En muchos casos el espacio ocupado por el poblado tenía muros de *pirca*, a manera de murallas defensivas. Evidentemente, los pueblos que habitaban estos lugares buscaban el control del territorio circundante y una eficaz defensa en caso de ataque. Su ubicación era estratégica y en cierta forma probablemente reflejaba las difíciles condiciones de guerra en que vivieron estas naciones.

Aunque el número de pobladores fue significativo durante el Periodo Intermedio Tardío, la ciudad, que caracterizó al imperio huari, fue totalmente abandonada como lugar de residencia y trabajo. Por el contrario, las naciones y etnias de este periodo se organizaron en aldeas, algunas muy grandes y otras medianas y pequeñas, pero en todos los casos la vida estuvo ligada más intensamente al campo. Las actividades en su conjunto tendieron a ruralizarse.

Por otro lado, en el valle del Mantaro, hacia Junín y Tarma, los poblados y las construcciones son más grandes y presentan algunas diferenciaciones que expresan

diferentes funciones sociales. Sin embargo, la arquitectura identificada en Huanavelica, Ayacucho y Andahuaylas muestra un patrón uniforme y homogéneo que no permite precisar diferencias de función social, como podrían ser templos o palacios, o expresiones arquitectónicas de diferenciación o jerarquías sociales, como grupos o clases gobernantes, jefes o sectores sociales altos o bajos. Pero si bien la arquitectura no muestra diferencias de función social o clases sociales, éstas de hecho existieron, como nos informan las crónicas y otros documentos históricos.

Pensamos que muchas de estas naciones y etnias del Periodo Intermedio Tardío, y sus posibles asentamientos originales, perduraron desde los tiempos del imperio huari hasta que la sierra central fue conquistada por el Tahuantinsuyo; es más, muchas fueron nuevamente conquistadas por los españoles. Indudablemente que tanto los huaris, como los incas y españoles, movilizaron a las poblaciones aborígenes, las trasladaron de lugar e introdujeron etnias foráneas en la sierra central, ya que en este territorio no se llegaron establecer estados poderosos y de extenso dominio, como Chimor en el norte, o Chíncha al sur. Fueron, más bien, grandes naciones organizadas en señoríos de diverso tamaño, con una fuerte base tribal donde predominaban las relaciones de parentesco antes que los vínculos territoriales de un estado organizado.

La investigación arqueológica y etnohistórica de la sierra central ha prestado mayor atención al estudio de la cultura huari, el dominio inca y a las manifestaciones culturales identificadas con poblaciones permanentes y organizadas. Para tener una idea más cercana de las etnias y naciones originales de cada territorio falta estudiar con mayor intensidad la vida rural en tiempos de huari o de los incas; por ejemplo, la existencia de pueblos y culturas algo marginales a la vida urbana y al dominio de las clases ciudadinas.

Los incas y sus contemporáneos

Muchas fueron las etnias y varias las naciones que poblaron la sierra central. En Tarma vivió un conjunto de pueblos en asentamientos ubicados en las cumbres y laderas de los cerros. En algunos casos los poblados estaban rodeados de muros defensivos y su acceso era sumamente difícil. Las edificaciones eran rectangulares o circulares, y estaban protegidos por paredes y zanjas. Entre las estructuras circulares había unas que servían para vivienda y otras como almacenes. Las estructuras rectangulares probablemente tuvieron fines defensivos y en muchos casos se trata de corrales para el ganado. También hay estructuras rectangulares de dos pisos, que según los especialistas eran depósitos (Parsons y Matos 1978: 549).

Según los cronistas, estos pueblos que vivieron en el área de Tarma conformaban la etnia tarama, que se identificaban por llevar en la cabeza una fajilla a manera de tocado, con los colores rojo y amarillo. La arqueología identifica a los taramas por sus asentamientos, su arquitectura y su cerámica denominada san blas, una alfarería burda, sin mayores acabados, cuya superficie presenta un color ligeramente rojizo.

En realidad hay pocos estudios sobre los taramas, especialmente desde la perspectiva arqueológica, aunque las crónicas sí nos dan referencias:

“Delante de Bombón diez leguas esta la provincia de Tarama, que los naturales de ella no fueron menos belicosos que los de Bombon”.

“Había en Tarama en los tiempos pasados grandes aposentos y depósitos de los reyes incas. Andan los naturales vestidos, y lo mismo sus mujeres, de ropa de lana de sus ganados, y hacían su adoración al sol, que ellos llaman Mocha” (Cieza 1962: 227).

En la meseta de Junín estaban los chinchaycochas o reino de Pumpush, a más de 4000 msnm. Eran numerosos grupos que se ubicaban en las altiplanicies de Junín y Bombón, de piel bastante oscura, razón por la cual Guamán Poma de Ayala sostuvo que eran ‘morenetes’ como los hombres de Guinea. El elemento unificador de estos grupos étnicos fue de naturaleza religiosa y giró en torno al curaca Libiac-Cancharco, cuya *pacarina* fue el cerro Raco (Duviols 1973: 167). En la zona hay varios poblados pertenecientes a los chinchaycocha o pumpush, como Chamarca, en el distrito de Junín; Puntajamarca, en la provincia de Cerro de Pasco; Yapaqmarca, Condormarca y Raumruco, en el distrito de Ulcamayo; y Marcamarca y Pascomarca el distrito de San Pedro de Cajas. El medio geográfico de estos grupos fue bastante frío y difícil para la vida del hombre. Básicamente cultivaban tubérculos andinos como la papa, el olluco y otros, combinando su dieta con una raíz silvestre llamada *chicash* y un alga de la puna llamada *cusbuco*. Pero los chinchaycochas tenían enclaves en las zonas selváticas de Chanchamayo y Tulumayo, de donde extraían ají, maíz, coca, algodón y otros productos.

Practicaron el trueque con taramas y huancas para obtener productos como sal, moca, maíz, coca y otros, a cambio de charqui, papas, ocas o chuño. La laguna de Chinchaycocha les proporcionaba bagres y ranas, y en los totorales criaban cuyes, patos y perros. La complementariedad permitió a estos pueblos superar sus problemas de subsistencia, no obstante vivir en territorios de puna. La ganadería de camélidos andinos fue la actividad principal de los chinchaycochas y la desarrollaron intensamente en la meseta donde vivieron, teniendo como base los pastos naturales. Esta actividad les proporcionó carne y lana no sólo para alimentarse, sino para sostener un variado intercambio. Hacia 1533, Miguel de Estete calculó que tenían más de cien mil cabezas de ganado.

La organización de sus poblados y arquitectura guarda las mismas características rudimentarias y estratégicas propias del Intermedio Tardío, con la presencia de una cerámica básicamente doméstica y de tecnología elemental.

Los huancas fueron una de las más importantes naciones andinas de la sierra central, que ocuparon las actuales provincias de Jauja, Concepción, Huancayo y parte de Huancavelica:

“Fue todo tan poblado, que al tiempo que los españoles entraron en el, dicen y se tiene por cierto que había más de treinta mil indios, y agora dudo haber diez mil. Estaban todos repartidos en tres parcialidades, aunque todos tenían y tienen por nombres los guancas. Dicen que el tiempo de Guayna Capac o de su padre hubo esta orden, el cual partió las tierras y terminos” (Cieza 1962: 228).

Según la información documental, la nación huanca estaba integrada por un gran número de grupos étnicos organizados en señoríos, que tenían grandes rivalidades y disputas entre sí. Más de cien ayllus pertenecientes a esta nacionalidad reconocían un origen común, o *pacarina*, en la laguna de Huarihuillca, a la cual sa-

crificaban algunos animales. Según el cronista Guamán Poma de Ayala, Huallallo Carhuincho fue su divinidad principal, un dios nacional motivo de veneración en varias huacas ubicadas en territorio huanca.

Cuando los incas conquistaron a los huancas les impusieron la división en tres parcialidades: Jatunjauja hacia el norte, con su capital Jauja; Lurinhuanca, al centro del territorio, con su capital Tunanmarca; y Hananhuanca al sur, con su capital Sicaya. Los jatunjaujas se identificaban con una vincha en la cabeza de color rojo, y los lurinhuanca y hananhuanca con una de color negro. La alfarería identificada con los huancas recibe el nombre de mantaro; son vasijas rudimentarias de dos o tres colores sobre una base blanca o crema. Los diseños decorativos son cursivos y geométricos en negro y blanco. Esta alfarería se encuentra en territorios del valle del Mantaro, parte de Junín y parte de Huancavelica (Espinoza Soriano 1972: 35).

Los asentamientos arqueológicos de los huancas siguen el patrón común de habitaciones circulares, rectangulares y cuadrangulares, con muros de piedra y barro, puertas trapezoidales y posiblemente techos de paja. Los poblados no tienen orden ni planificación, y carecen de vías de circulación; se encuentran en la cresta de cerros y elevaciones y tienen poca accesibilidad.

En territorio huanca hubo dos grandes poblados —Hatunmarca y Tunanmarca— cuya función social debió ser importante con respecto a los de menor tamaño. Posiblemente desde ellos, determinados grupos de poder controlaban las poblaciones más pequeñas y las muchas aldeas rurales que se extendían por todo el territorio.

Hatunmarca es un poblado que se extiende aproximadamente sobre un área de dos kilómetros cuadrados, en una elevación en las partes altas del valle de Yanamarca, que es un brazo del Mantaro hacia el este, ocupando dos grandes lomas protegidas por muros defensivos, que en algunos casos alcanzan dos metros de altura. Sus construcciones son rectangulares, cuadrangulares y circulares, estas últimas de grandes dimensiones. Se organizan alrededor de patios o espacios abiertos, integrándose en conjuntos desordenados y en hilera sobre las cumbres del terreno. Los muros son de piedra y barro en su aparejo, y en su paramento no presentan enlucidos (si los hubo se han deteriorado).

Tunanmarca es el otro gran poblado, en el mismo valle de Yanamarca y a poca distancia de Hatunmarca. Ocupa aproximadamente un área de cuarenta hectáreas. Las construcciones circulares, rectangulares y cuadrangulares también se organizan en función de los espacios abiertos en dos grandes zonas separadas por una vía de circulación. En cada zona existe una plaza y las construcciones distantes expresan una gran densidad poblacional, que pudo alcanzar las cinco mil personas. Muchos especialistas opinan que Tunanmarca probablemente fue la capital de la nación huanca.

La nación ancara estuvo en el territorio de las actuales provincias de Huancavelica, Angaraes, Acobamba y parte de Tayacaja. Según las fuentes escritas el Inca Viracocha conquistó esta nación: “Conquistó la provincia de los Angaraes, Yauyos, los Huanca, los Vilcas, Guamanga, Xauxa y otras muchas” (Salinas y Córdova 1957: 18). Por su parte, el cronista Cabello de Valboa nos dice que Túpac Yupanqui fue el Inca que conquistó a la nación ancara, o angaraes como decían los espa-

ñoles, ya que en la narración recogida por éstos, los relatos épicos muchas veces son asignados a más de un gobernante:

“Pasó de allí á la provincia de los Angaraos donde alló resistencia en los naturales, y hechos fuertes en una fortaleza de Orcolla, y Guaila Tucara...” (Cabello Valboa 1951: 319).

Tras ser conquistados por los incas, su territorio fue invadido por colonias de grupos étnicos foráneos que dieron lugar a la presencia de varias lenguas y costumbres, produciéndose así una convivencia de varias herencias culturales que no llegaron a integrarse. Así, los curacas principales estaban al frente de los grupos foráneos (Espinoza Soriano 1973b: 10).

La nación ancara estuvo integrada por dos grandes señoríos o curacazgos que a su vez se dividían en dos parcialidades: el curacazgo Asto o Hurin Aucara, y el curacazgo Choca o Hanan Aucara. El primero ocupaba básicamente el territorio de Huancavelica y el segundo se asentaba en Angaraes, Acobamba y parte de Tayacaja.

Los poblados se ubican entre los 1500 y los 4500 msnm. En opinión de Lavallée y Julien, los lugares elegidos responden a la necesidad de vigilar y defender un amplio territorio, estableciéndose en lugares altos y escarpados de los cerros, pero esta ubicación también les permitía controlar los terrenos de pastoreo y las tierras aptas para el cultivo (Lavallée y Julien 1983: 26). Las construcciones son circulares, rectangulares y cuadrangulares, siguiendo el patrón común del periodo.

En su conjunto, la cerámica de filiación ancara es una alfarería burda, deficientemente elaborada y con un mínimo de decoración, utilizando aplicaciones e incisiones en la superficie de los objetos cerca al cuello, o motivos a base de líneas con los colores rojo y negro.

En opinión de Waldemar Espinoza, el pueblo de Acopampa probablemente fue la capital ancara, ya que la documentación del siglo XVI así lo sugiere. La conquista inca introdujo entre los ancaraes el curacazgo Chaca y diversos grupos étnicos procedentes de diversas regiones del antiguo Perú; así encontramos quiguarees provenientes del Cuzco, grupos chancas de Andahuaylas, callaumarca de Cajamarca, chachas de Chachapoyas, cayampis de Quito y huamicos de Huamalés, configurándose una realidad multiétnica en parte del territorio ancara.

Los chancas posiblemente fueron la nación más importante de la sierra central. Su historia está íntimamente ligada a la de los incas y el origen del Tahuantinsuyo está vinculado y fue la consecuencia de la guerra entre chancas e incas que narran varios cronistas. Los territorios de la nación chanca abarcaban parte de Huancavelica, Ayacucho y la provincia de Andahuaylas, en Apurímac. Ellos señalaban como su *pacarina* a la laguna de Choclococha, en la provincia de Castrovirreyna (Huancavelica), siendo sus jefes legendarios Uscovilca (de los *hanan* chancas) y Ancovilca (de los *hurin* chancas) (González Carré 1992: 88).

Sus poblados estaban en elevaciones y cerros, ocupando una posición estratégica y de difícil acceso. Predominaban las construcciones circulares, pero también hay edificaciones rectangulares y cuadrangulares con muros defensivos, todo ello construido con piedras unidas con barro, y en algunos casos con piedras seleccionadas que dan una apariencia más homogénea a la superficie de los muros. La arquitectura no muestra la presencia de templos o viviendas de sectores sociales dife-

rentes, sino que por el contrario, todo el conjunto muestra una realidad social homogénea.

La alfarería chanca tiene cinco grupos denominados tanta orqo, qacisqo, arqalla, aya orqo e inca. El ordenamiento de los grupos no responde a un criterio cronológico, ya que en realidad siempre están relacionados los unos a los otros, aunque en distintas proporciones según la zona del extenso territorio chanca. Tecnológicamente es burda y poco desarrollada, e integra características propias y también incas. El material lítico está compuesto básicamente por herramientas agrícolas, batanes y elementos de molienda, raspadores, cuchillos, lascas, armas y otros (González Carré, Pozzi-Escot, Pozzi-Escot y Vivanco 1987: 27-133).

La nación chanca estuvo integrada por variados grupos étnicos organizados en señoríos y curacazgos. La guerra que sostuvieron con los incas seguramente sirvió para unificar a tan amplio conjunto multiétnico que, si bien llegó a considerarse parte de una nación chanca, siguió conservando su propia identidad y singularidad. El enfrentamiento entre chancas e incas debió estimular a muchos grupos a identificarse e incorporarse a una de estas dos grandes naciones en pugna.

La documentación escrita nos informa que dentro de la nación chanca se pueden identificar grandes etnias como los huainacóndores y huamanes en Huamanga; los cochás, mayos y chinchaysuyos en Huanta; chocorbos, chancas, angoras, astos y huancas en Huancavelica; los tanquiguas en Vilcashuamán; los soras y lucanas en Lucanas, y muchos otros grupos que es en realidad sumamente difícil ubicar arqueológicamente, no obstante figurar en los documentos. En todo el territorio chanca hay unos elementos comunes que ya hemos descrito, parte de un equipo cultural que compartían los grupos de manera general, aunque con pequeñas variantes regionales dentro de un modelo y patrón común (González Carré 1992: 86)

La guerra entre chancas e incas hizo que los primeros sitiaran el Cuzco en tiempos del Inca Viracocha, quien huyó de la ciudad al no poder defenderla. Fue aquí que surgió la figura de Pachacútec Inca Yupanqui, hijo de Viracocha, quien organizó la defensa del Cuzco, hizo huir a los chancas e inició la expansión del estado inca y el desarrollo del Tahuantinsuyo.

Así, el Tahuantinsuyo, su expansión y su consolidación como imperio tiene una íntima relación histórica con el papel que tuvieron los chancas en el mundo andino:

“Cuando yo entré en esta provincia era señor de ella un indio principal llamado Basco, y los naturales han por nombre Chancas. Andan vestidos con mantas y camisetas de lana. Fueron en los tiempos pasados tan valientes (a lo que se dice) éstos, que no solamente ganaron tierras y señoríos, más pudieron tanto que tuvieron cercada la ciudad del Cuzco, y se dieron grandes batallas entre los de la ciudad y ellos, hasta que por el valor de Inca Yupanqui fueron vencidos; y también fue natural de esta provincia el capitán Ancoallo, tan mentado en estas partes por su grande valor” (Cieza 1962: 238).

La ocupación inca de la sierra central

Al derrotar a los chancas, Pachacútec Inca Yupanqui inició la expansión del Tahuantinsuyo. Las primeras conquistas y alianzas fueron en territorios aledaños a

la región del Cuzco, con pueblos que le permitieron consolidar su poder en su territorio de origen. La sierra central fue conquistada por los incas aproximadamente hacia 1460, dando lugar a modificaciones y alteraciones en las poblaciones nativas como parte del proceso de incorporación estatal. Podemos afirmar que los incas no modificaron en gran parte los asentamientos existentes en la sierra central, sino que los reutilizaron. La investigación arqueológica encuentra que la cultura material inca se superpone y en cierta forma convive con las manifestaciones propias del Periodo Intermedio Tardío. En lo que respecta a la población nativa, ellos en algunos casos deportaron a casi la totalidad de la población original, y en otros introdujeron grupos étnicos foráneos dentro de las etnias nativas, dando lugar a serias alteraciones multiétnicas y a la pérdida parcial de la propia identidad cultural de distintos grupos. Los huancas, ancaras, taramas y chancas sufrieron estas modificaciones poblacionales y es por esta razón que en algunos casos —como en el de los chancas— casi toda la población fue removida, salvo por algunos grupos étnicos originales que permanecieron en su territorio original, como los tanquiguas, parte de la nación chanca en la zona de Ayacucho. En el antiguo territorio chanca, los incas introdujeron diversos grupos como acos, antas, papres, aimaraes, huancas, yungas, canchis, collas, conas, angaraes, chilques, chocorbos, cañaris y chachapoyas, provocando un repoblamiento sustitutorio de las etnias originales, buscando un beneficio político para el dominio inca. Entre los chinchaycochas introdujeron grupos de tumbesinos y aimaras. En la nación tarama se pusieron *mitmas* cañaris y entre los huancas podemos identificar grupos como los llagnos, cañaris, mancos, laraos, yauyos y chancas, que convivieron con las antiguas etnias.

Al conquistar la sierra central, los incas impusieron su propia cultura a los pueblos y naciones dominadas: aunque introdujeron *mitmas* foráneos, parte de las poblaciones aborígenes fue respetada y siguió viviendo en su territorio original, aunque incorporada a la administración inca al integrarse las antiguas naciones a los *huamanis* o provincias del Tahuantinsuyu. Éstas se hallaban bajo la autoridad de funcionarios incas como el *tocricoq*, no obstante conservar sus jefes étnicos originales.

La imposición cultural inca también produjo modificaciones en la cultura material de los pueblos de la sierra central. La cerámica siguió siendo fabricada con patrones y tecnología propias de los pueblos de la región, pero paulatinamente incorporó formas propias de la cerámica inca, como el aríbalo y otras, que comenzaron a ser fabricadas con la rusticidad característica de la alfarería regional y local. También es evidente la introducción, no sólo de formas de vasijas sino de elementos decorativos, como formas geométricas de cuadrados y líneas, con el uso de colores como el negro y el rojo.

En cuanto a la arquitectura, podemos establecer que la presencia inca introdujo el uso del vano trapezoidal y hornacinas de la misma forma, aunque las edificaciones siguieron manteniendo las características propias de la sierra central en lo que respecta a materiales y técnicas constructivas. Los poblados nativos tampoco modificaron sus patrones de asentamiento u organización en el uso del espacio y las vías de circulación.

Pero los incas necesitaban controlar sistemáticamente a los pueblos conquistados en la sierra central. En cierta forma deseaban evidenciar la presencia física de lo

inca como símbolo de su dominio y su poder. Lograron esto construyendo cinco grandes asentamientos o ciudades en diferentes zonas. Estos asentamientos fueron centros administrativos y de control, y su planificación y construcción respondió a una concepción propia de los gobernantes del Tahuantinsuyo (Matos y Parsons 1979: 165). Los cinco grandes asentamientos incaicos de la sierra central fueron Pumpu, Tarmatambo, Jaujatambo, Huaytará y Vilcashuamán.

Pumpu estaba al noroeste del lago Junín, a una altura de 4500 msnm., en una meseta frígida y carente de vegetación. Es un asentamiento que se encuentra bastante destruido debido a que sus muros han sido utilizados en construcciones contemporáneas y a que el terreno ha sido removido. Las edificaciones que podemos observar cubren una extensión aproximada de cuarenta hectáreas. Tiene una gran plaza de forma trapezoidal en la zona norte del poblado que se abre hacia el oeste, donde es posible identificar gran cantidad de estructuras rectangulares de varios tamaños. Asimismo hay una gran estructura de más de cien metros de largo y varios espacios abiertos a plazas pequeñas, con agrupamientos de gran cantidad de construcciones rectangulares y circulares. Si bien fue un centro administrativo importante, que los incas mandaron construir especialmente, en su arquitectura no se nota el fino tratamiento de la piedra de los muros cuzqueños, aunque la función social que cumplió este poblado fue de gran utilidad para el control regional.

Tarmatambo se halla en la zona de Tarma. Es un poblado construido sobre un terreno de diferentes niveles; por lo tanto, las construcciones se adecuan a los accidentes del terreno, presentando diferentes alturas. El material predominante utilizado para la construcción es una piedra blanca o blanquecina de componente calcáreo. Con este material también se construyeron terrazas y canales de riego para aprovechar mejor el terreno accidentado. El poblado tiene dos plazas, una en la parte baja, perteneciente a Hurintarma, y la otra en la parte alta, perteneciente a Hanantarma. Los procedimientos de construcción son cuidadosos y los muros presentan un aspecto homogéneo y bien trabajado. Hay construcciones rectangulares, cuadrangulares, circulares y poligonales, y algunos investigadores ubican en la parte alta el lugar dedicado al templo del sol, el *acllahuasi* y la residencia real.

Jaujatambo fue el centro administrativo que los incas construyeron en Jauja. Era un poblado de estilo cuzqueño, con muros de piedra muy bien labrados que imitan exactamente las construcciones de la ciudad del Cuzco. Hubo un templo del sol, un *acllahuasi*, residencias de funcionarios y nobles distribuidas en calles muy bien trazadas y organizadas alrededor de plazas. Si bien este poblado cumplió una función administrativa y política, evidentemente también tuvo gran importancia económica para los incas, pues cronistas como Cieza y Estete afirman que fue un gran centro comercial, con una población permanente e itinerante dedicada al intercambio de productos naturales y servicios. Esta importancia económica es explicable dada la riqueza de recursos naturales y de la producción agropecuaria en el valle del Mantaro y las zonas aledañas.

Huaytará está en la región de Huancavelica. Se trata de varias construcciones de piedra edificadas en el estilo cuzqueño. Los muros de las construcciones tienen puertas, ventanas y hornacinas de tipo trapezoidal, también hay acueductos de piedra y lo que podría ser un baño del Inca. Este asentamiento ha sido poco estudiado a pesar de la importante función que tuvo, en la medida que era el centro de

control para el paso de productos y personas entre la sierra y el valle de Ica. Su función económica es de gran importancia para comprender la riqueza y significado económico de las cabezas de valle en tiempos incas.

Vilcashuamán es un gran asentamiento que los incas construyeron en la provincia de Cangallo, en la parte sur del departamento de Ayacucho. Fue un gran poblado con una gran plaza, con una piedra de sacrificios al centro. Alrededor de la plaza estaban el templo del sol, el *acllahuasi*, el templo de la luna, el *ushnu* o adoratorio, y varias construcciones que posiblemente fueron alojamientos para la nobleza, funcionarios y autoridades. El poblado en su conjunto estaba rodeado por una muralla interna y otra externa, que protegía su área de construcciones. Vilcashuamán se construyó en el más puro estilo cuzqueño. Aunque se dice que fue una ciudad, sería más exacto pensar en un centro de administración política y religiosa. Para los incas debió tener un significado especial ya que está en territorios que originalmente fueron de los chancas, sus principales enemigos, y también debemos hacer notar que estaba en pleno centro del territorio que llegaron a dominar:

“Más adelante, yendo por el real camino, se llega a los edificios de Bilcas, que están once leguas de Guamanga, adonde dicen los naturales que fue el medio del señorío y reino de los incas, porque desde Quito a Bilcas afirman que hay tanto como de Bilcas a Chile que fueron los fines de su imperio” (Cieza 1962: 236).

Así, fundando nuevos pueblos y centros administrativos o reutilizando pueblos que previamente existían, los incas lograron establecer un control económico, político y cultural sobre sus contemporáneos de la sierra central. Cuando entraron en contacto, los incas y sus contemporáneos de la sierra central no eran un conjunto de “behetrías semi-salvajes”, como muchas veces se ha escrito. Por el contrario, se trataba de naciones y grupos étnicos andinos gobernados por señores regionales o locales, portadores de una cultura, una lengua y un conjunto de tradiciones e historias que socialmente les permitían funcionar armoniosamente, con un bagaje de conocimientos y técnicas con las cuales hacer frente a la naturaleza, para explotar sus recursos con éxito y sobrevivir en condiciones adecuadas.

Bibliografía

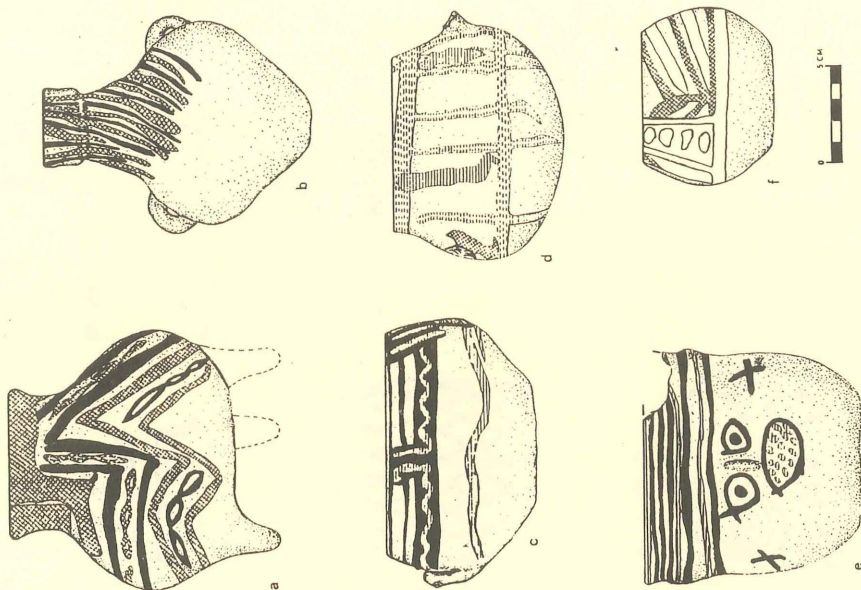
Fuentes impresas

Cabello Valboa 1951 [1586].
Cieza de León 1962 [1551], 1967 [1551].
Estete 1968.
Guamán Poma de Ayala 1936 [1615].
Salinas y Córdova 1957 [1631].

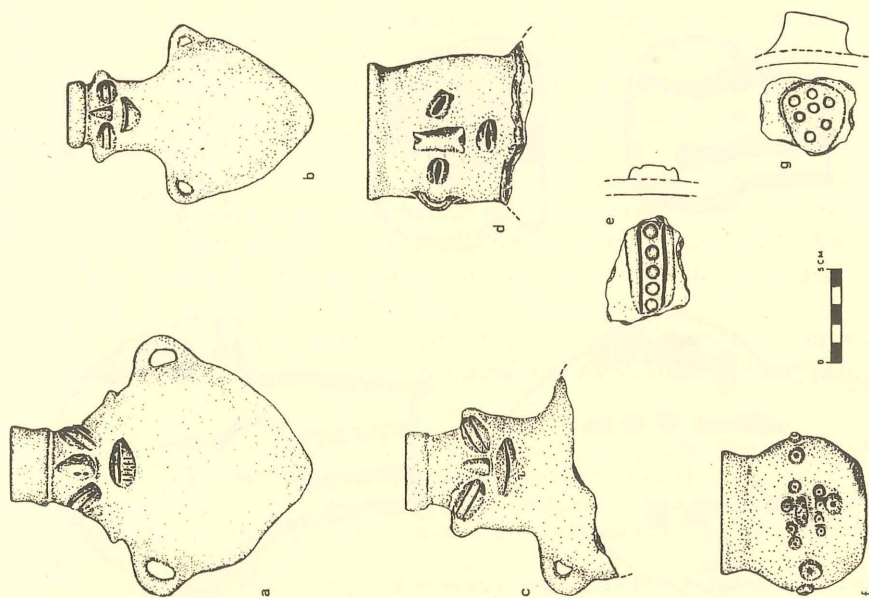
Fuentes secundarias

Bonavía 1991.
Bonavía y Ravines, eds., 1972.
Duviols 1973.

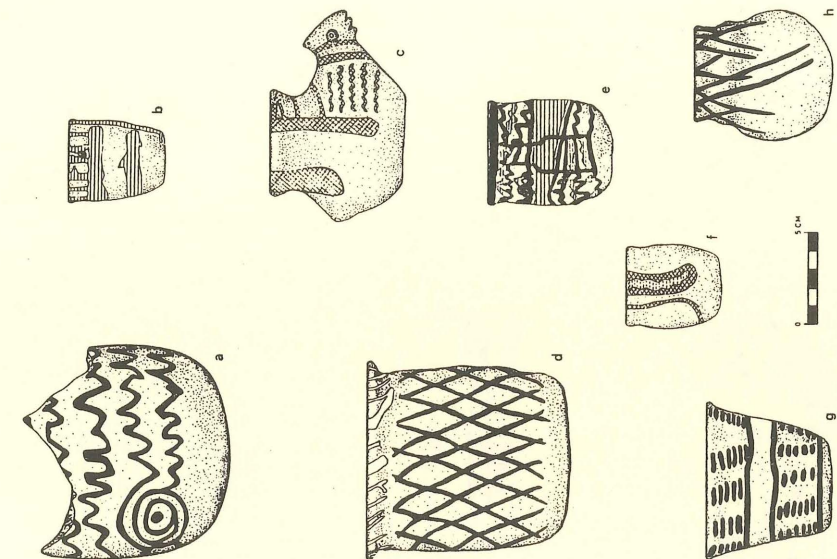
Espinoza Soriano 1972, 1973b.
González Carré 1992.
González Carré, D. Pozzi Escot, M. Pozzi
Escot y Vivanco 1987.
Lavallée y Julien 1983.
Matos y Parsons 1979.
Parsons, Hastings y Matos 2000.
Parsons y Matos 1978.
Ravines 1983.
Rostworowski de Diez Canseco 1983,
1990b.



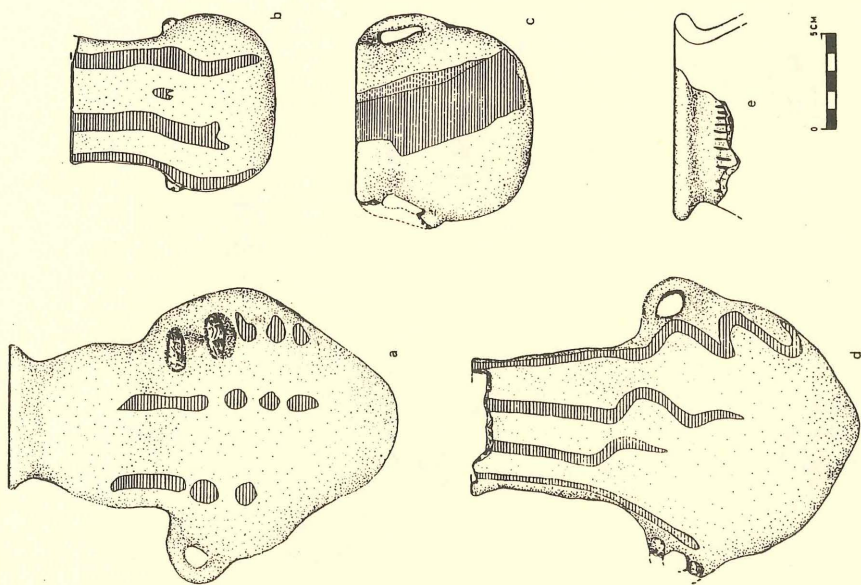
Cerámica tanta orqo



Cerámica qachisco



Cerámica aya orqo



Cerámica arqalla